

Aquí llegaba la conversacion despues de consumidas unas cuantas docenas de ostras de Ostende, seguidas de un Jerez ardiente como el fuego y amarillo como el oro.

Javier almorzaba tarde, pero almorzaba fuerte. Váyase lo uno por lo otro.

Despues de algunos momentos de silencio anudó la conversacion en estos términos:

— Los dos somos jóvenes: V. algo más que yo, pero en fin, no será mucha la diferencia: hace una hora que estamos juntos y solos: hemos fumado, nos hemos batido y estamos almorzando, y no obstante, todavía no hemos hablado.....

Suspendió la frase para apurar una copa de Burdeos.

— ¿De qué? preguntó Miguel.

— ¡De qué!..... claro está, de mujeres.

— ¡Ah! exclamó el secretario con todo el aire de un hombre de mundo que almuerza como un príncipe. Ésa es conversacion de viejos.

— ¡Oh! y de jóvenes.

— Rectificaré; nadie habla tanto de las mujeres como ellas mismas.

— Exacto; pero en fin, ¿qué piensa V. de la mujer?

— De la mujer ya es otra cosa..... pienso que puede haber una.

— ¡Una!..... ¿Qué quiere decir una?

— Quiere decir, que hay un sueño, que puede realizarse una vision encantadora, que suele aparecérsenos en los primeros dias de la juventud, que suele disiparse, que generalmente se disipa, pero que alguna vez adquiere las formas de la realidad, y con una mirada casta y dulce, y con una sonrisa apacible y tierna, nos dice: «Yo soy aquélla.» Aquélla..... esto es, la mujer soñada; la sombra misteriosa que nos ha visitado durante el sueño, lugar oscuro donde se ve todo lo que se desea, todo lo que se teme, todo lo que se espera y todo lo que se ama. Una, quiere decir ésa; la mujer que habíamos visto ántes de verla, que conocíamos ya ántes de haberla conocido, que llena nuestro pensamiento de extrañas armonías, que fecunda en nuestra alma el gérmen de las nobles acciones, que nos inspira, que nos alienta, que nos consuela, que nos adivina, que nos comple-

ta uniéndose á nosotros, porque es la mitad de nosotros mismos.

—¡Magnífico!..... exclamó el hermano de la Marquesa..... Perfectamente dicho..... eso es encantador, sublime, suntuoso. Lo aprovecharé en la primera ocasion que se me presente..... Pero dígame V..... se lo suplico con todo mi corazon..... dígame V., ¿dónde está esa mujer? porque soy capaz de correr las cinco partes del mundo buscándola.

—Esa mujer, contestó Miguel, se encuentra, pero no se busca; la encontramos como la vida, sin buscarla; como nos encontramos con nuestros padres, con nuestros hermanos, como nos encontramos con nosotros mismos. No siempre que la encontramos la vemos, pero si llegamos á verla, si llegamos á distinguirla entre el torbellino de mujeres que nos rodea, entónces no la olvidamos.

—¿Conoce V. á alguna de esas mujeres? preguntó Javier, clavando sus ojos en Miguel.

—Sí, contestó éste; conozco várias.

—Veamos el tipo de esa mujer, de esa mujer misteriosa.

—No tiene tipo determinado, porque puede pertenecer á todos los tipos puede..... ser hasta fea; pero de todos modos, créame V., siempre es la misma.

—A lo ménos, replicó Javier, no me ocultará V. el nombre. Sepamos siquiera como se llama.

—Unas veces se llama Beatriz, otras veces Eloisa, otras veces Isabel, otras veces Atala, otras veces Virginia.

—¿De modo que toma V. como moneda corriente las invenciones de los poetas?..... ¿Cree V. que sean posibles esas mujeres?

—Contestaré con una pregunta. Si esas mujeres no son posibles, ¿cómo los poetas han podido imaginarlas?

—Toma, forjándolas á su gusto ó á su capricho.

—Pero las perfecciones ó las cualidades con que las adornan, han tenido que tomarlas de la naturaleza humana. ¿Es inverosímil la belleza de la Vénus de Milo?..... Será difícil que se encuentre en una mujer toda esa pureza de líneas, toda esa gracia de contornos, toda esa armonía de pormenores que

forman el bello conjunto de la estatua; con-
vengo, pero ella en sí no es más que la co-
pia de un original perfecto; la copia de la
mujer como debió salir de las manos de Dios.
Y si no quiere V. que sea una copia, será
ménos todavía; será una restauracion..... la
mujer restaurada, vuelta á su belleza origi-
naria; á aquella belleza que habia de vivir en
juventud perpétua, iluminada por los res-
plandores de la inocencia; esto es, por el
candor divino de un alma libre de toda ma-
licia. ¿Dirá V. que el escultor forjó la esta-
tua á su gusto ó á su capricho?..... Lo que
no es verdadero no es bello..... el arte que
no busca la verdad no es arte..... Los ídolos
chinos serán eternamente feos, porque están
fuera de la naturaleza, porque son falsos,
porque son monstruosos.

—Y bien, preguntó Javier esperando la
conclusion del razonamiento, y para dar tiem-
po á que su secretario apurára una copa de
champagne helado que aún hervia cuando Mi-
guel lo acercó á sus labios.

—Y bien, repitió éste saboreando el vino
que acababa de beber; de la misma manera

que el escultor enaltece la forma dándole el
esplendor del órden, el poeta enaltece el alma
adornándola con aquellas cualidades propias
de su excelsa naturaleza; ni el escultor crea
una belleza á su gusto, ni el poeta inventa
un alma á su capricho; la verdad y la belle-
za son anteriores al hombre.

—Áun así, replicó Javier; áun conce-
diendo que Beatriz, Eloisa, Isabel, Atala,
Virginia y todas las heroínas del amor hu-
bieran existido de la manera con que la poe-
sía nos las pinta, no puedo ménos de exclam-
mar: ¡Pobre Dante, pobre Abelardo, pobre
Marsilla, pobre Chactas..... y pobre Pablo!
Me parecen más dignos de compasion que
de envidia.

—¿Por qué? preguntó Miguel..... ¿Por-
que no fueron felices segun el mundo?.....
¿Y quién le ha dicho á V. que no sintieron
la suprema felicidad de verse amados con
toda la fuerza de la vida y del alma?

Javier miró fijamente á su nuevo amigo,
diciéndole:

—Me parece que ha caido V. en el lazo
de alguna Beatriz, que á lo mejor se muera

dejándole el vano recuerdo de su memoria; de alguna funesta Eloisa, ó de alguna Isabel que lo sacrifique al honor ó á la conveniencia de su madre, ó de alguna Atala insufrible, ó de alguna infeliz Virginia. Vamos, en una palabra, está V. enamorado.

— ¡Yo!..... exclamó Miguel como asustado de la palabra.

— Usted..... dijo Javier, levantándose de la mesa. Sólo un enamorado puede hablar de ese modo..... Ni me sorprende ni me maravilla; á los veinte y cinco años, cuando la cabeza está llena de versos sin hacer y de novelas sin escribir..... cuando apénas se han visto las realidades positivas del mundo, cuando no se ha sentido todavía el escozor de ningun desengaño, enamorarse es coser y cantar; es hacerse uno á sí mismo el héroe de las más interesantes aventuras, es soñar despierto y soñar durmiendo..... es, añadió con burlona sonrisa, contentarse con una mirada, como si aquellos ojos fueran ciegos para los demas, ó con una sonrisa, como si aquella boca de coral y de perlas no tuviera la misma sonrisa para todos..... Enamorarse, bien;

no me opongo. Si hay alguno que poniendo la mano sobre el suyo pueda decir yo poseo ese corazón, que se enamore, porque ése debe enamorarse.

Miguel habia permanecido sentado oyendo atentamente el péfido discurso de su amigo, y no se levantó hasta que hubo pronunciado la última palabra. Entónces dijo:

— Usted no cree en la virtud.

— En la virtud sí..... en lo que no creo es en la mujer.

— Es V. injusto.

— Pues crea V. que no quisiera serlo, y usted puede sacarme de mi error.

— ¿Cómo?

— Muy sencillamente. Hagamos un trato.

— ¿Cuál?

— Éste..... Usted me enseña la realidad de la mujer que ha soñado, y yo le enseño á usted el mundo, que no ha visto todavía..... Vamos á ver quién convence á quién.

Miguel reflexionó un instante, y dijo:

— No me comprometo.

— Entónces, replicó su amigo, vamos á

tomar café; y añadió, que nos lo sirvan en la biblioteca.

Ambos salieron pensativos del comedor; cualquiera habria creído que cada uno pensaba en una cosa distinta, y sin embargo, los dos iban pensando en la misma cosa; los dos pensaban en Magdalena, porque cada uno á su modo, ambos estaban enamorados de ella; amores que Matusalem hubiera distinguido, diciendo: Javier está enamorado como un loco; Miguel como un tonto.

Miguel creía ver en ella la realidad de sus sueños, pero después de la conversacion que hemos leído, sentía allá en lo íntimo de su pensamiento una sombra, un vacío, una duda; podía ser ella, pero tambien podía ser otra.

Cuando Javier le propuso los términos prácticos de la cuestion, diciéndole: «Usted me enseña la realidad de la mujer que ha soñado, y yo le enseño á V. el mundo, que no ha visto todavía.....», tuvo miedo de comprometerse en una apuesta, en la cual iba á jugarse todas sus ilusiones; no tenía los datos necesarios para poder decir: Hé aquí la realidad de la mujer que he soñado; y aún

cuando su corazón latiendo con ímpetu le decía «ésta es», su razón, reflexionando friamente, replicaba, diciendo: «Puede ser otra.»

Esta lucha íntima lo dejó pensativo y lo puso triste.

Javier, por su parte, pensaba en lo mismo de distinta manera. Comprendió que su secretario empezaba á despertarse y que pasaba por ese momento en que nos restregamos los ojos turbios aún por las últimas sombras del sueño, buscando la realidad de las cosas al través de las visiones soñadas.

«Está enamorado, se decía, pero no se atreve á confesarlo; cree en la mujer y duda de ella. ¡Bah! es un rival ménos temible de lo que creía, y Matusalem el hombre de más talento que conozco.»

Y volviéndose á Miguel, que lo seguía, le dijo:

—Yo tambien tengo mi *bello ideal*; tambien he soñado yo una mujer encantadora; pero más feliz que V. en este punto, la encuentro siempre que quiero encontrarla, y no me equivoco jamas, porque siempre es ella.

—Será curioso, contestó el *ex-corrector de pruebas*, el procedimiento que le proporciona á V. tan seguro resultado.

—Es un procedimiento sumamente sencillo, que consiste.....

—¿En qué?..... preguntó Miguel.

—¡Ah!..... en que mi *bello ideal* se multiplique sin dejar de ser uno mismo.

—¿Cómo es eso? preguntó el secretario riyéndose.

—Es de la única manera que puede ser.

—Veamos esa única manera.

—La mujer es siempre la misma, cualquiera que ella sea; rubia ó morena, alta ó baja, juiciosa ó loca, pobre ó rica, siempre es mujer.

—Sí, eso es indudable.

—Pues bien; ¿qué más me da una que otra, con tal que me agrade?

—¡Bah!..... entonces no es la misma.

—La misma, puesto que siempre es una mujer, y esa mujer me agrada; siempre es una imágen de mi *bello ideal*, y mi *bello ideal* tiene muchas imágenes.

—Ya, pero eso es amar á lo Gran Turco.

—¿Y qué?.....

Con esta conversacion entraron en la biblioteca, donde los esperaba ya el café con otras cosas no ménos agradables de que podrá enterarse el lector curioso ó desocupado, que se tome el trabajo de leer el capítulo siguiente.